

El papel de la nueva Siria en el contexto internacional

Javier Irazoqui González (cuerpo diplomático)
División de Coordinación y Estudios de Seguridad (SEGENPOL)

LA rápida sucesión de acontecimientos en los últimos meses en la esfera internacional, particularmente en Irán, dificulta en ocasiones el prestar la debida atención a efemérides de gran relevancia que quedan relegadas por la espuma de los días. Eso ha ocurrido en cierta medida con el cuarto aniversario de la guerra en Ucrania o, en el caso que nos ocupa, con el primer aniversario de la caída de Damasco, que se produjo el 8 de diciembre de 2024 y tuvo como consecuencia la huida a Rusia del entonces Presidente sirio, Bashar al-Asad.

La toma de la capital siria no solo puso punto final a la cruenta guerra civil que asolaba al país desde 2013 y que, partiendo de unas protestas antigubernamentales en el marco amplio de las primaveras árabes, se había transformado en un conflicto internacional con participación de grupos terroristas; sino que, también, acabó con más de cincuenta años de control de la familia de al-Asad al frente del país.

El régimen asadista había surgido en 1970 con la consolidación del poder absoluto del padre de Bashar, Hafez al-Asad, tras un golpe de Estado que había llevado a la minoría alauita del país a dominar las estructuras militares y de seguridad. El régimen resultante, sobre la base del Partido Baaz, conjugó distintos elementos como el culto a la personalidad del líder, el nacionalismo árabe y de izquierdas y el militarismo, no dudando en recurrir a la violencia en numerosas ocasiones contra las periódicas protestas, como ocurrió en su momento en Alepo o Hama.

Tras la muerte de Hafez en el año 2000, su hijo Bashar al-Asad asumió la presidencia de Siria. A pesar de las esperanzas iniciales depositadas en él y sus promesas de reforma, Bashar mantuvo un

régimen autoritario que no dudó en reprimir duramente la disidencia, lo que desembocaría en la guerra civil. Su régimen se mantuvo en pie durante los años de la cruenta contienda gracias al apoyo decisivo de Rusia e Irán frente a diversas facciones opositoras, incluidas milicias respaldadas por Turquía como *Hayat Tahrir al-Sham* (HTS), que finalmente produjo su caída en diciembre de 2024, en tan solo once días, demostrando de nuevo la fragilidad de muchas dictaduras opacas que, gracias a la represión y el control informativo, muestran un aspecto exterior de fortaleza y estabilidad que no se corresponde con la realidad.

Un año después, el pasado 8 de diciembre de 2025, miles de sirios celebraron el primer aniversario de la caída de al-Asad, especialmente en Damasco, bajo lemas como «un año de liberación» o «Siria es una». La celebración fue, no obstante, desigual, ejemplificando los retos étnicos y territoriales a los que se ha enfrentado el nuevo gobierno damasceno: en el noreste, zona entonces mayoritariamente controlada por los kurdos, se prohibieron las celebraciones por motivos de seguridad y no se vivió el mismo entusiasmo en la zona ocupada por el ejército israelí, al suroeste, ni en la costa alauita o la zona mayoritariamente drusa de Suweida, escenarios de episodios de violencia sectaria en marzo y en julio de 2025, respectivamente.

Uno de los pilares más delicados de la transición para el nuevo gobierno de Damasco está siendo la unificación de las Fuerzas Armadas



Bilal al-Hammoud/EFE

Todo ello no hace sino recordarnos la compleja composición etnoreligiosa del país, que sigue siendo decisiva en la situación de seguridad y en los equilibrios políticos, como veremos. Desde el punto de vista confesional, en Siria convive una mayoría de sunnitas con la minoría alauita de la rama chiita (un 10 por 100 de la población) y con las drusa y cristiana (menos del 10 por 100, sumadas ambas), entre otras. Entre los cristianos, conviven los ritos católico, ortodoxo, asirio, armenio y maronita. Bajo el régimen asadista, la minoría alauita de la que procedía era especialmente privilegiada y copaba los altos cargos en el ejército y la administración. Por ello, esta minoría ha sido objeto de todo tipo de represalias tras la huida a Moscú del anterior presidente. Desde el punto de vista étnico, la mayoría de la población es árabe, pero existen importantes minorías como los kurdos, cuya representación equivale al 10 por 100 de los habitantes del país. Otras comunidades minoritarias son los turcomanos, así como grupos más reducidos como circasianos o chechenos, todos ellos con una presencia inferior al 1 por 100.

SITUACIÓN INTERNA DEL PAÍS

Tras la caída de al-Asad, el nuevo gobierno, dirigido por Ahmed al-Sharaa (líder de *Hayat Tahrir al-Sham*, HTS), logró establecerse en Damasco y obtener un reconocimiento diplomático significativo, a pesar de sus antecedentes islamistas. Efectivamente, HTS surgió en 2011 como *Jabhat al-Nusra*, filial de *Al Qaeda* en Irak, con la que rompió en 2017 rebautizándose HTS, «Organización para la Liberación del Levante», alejándose del proyecto de yihad global y enfocándose en controlar la zona de Idlib, en el norte del país y convertirse en un actor político, con una estrecha colaboración de seguridad con Turquía.

Políticamente, el Estado funciona bajo una declaración constitucional provisional, firmada en marzo de 2025, que define un marco

político islamista temporal con un fuerte presidencialismo. En octubre pasado se celebraron unas elecciones legislativas con considerables limitaciones dado que, entre otros aspectos, los candidatos fueron elegidos por comités territoriales y un tercio de los escaños directamente por el presidente al-Sharaa.

En el plano socioeconómico, el PIB era en 2024 apenas un 50 por 100 del anterior a la guerra civil y, como se esperaba, en 2025 el crecimiento ha sido muy reducido (un 1 por 100 en 2025). El 90 por 100 de la población no puede cubrir sus necesidades básicas según datos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). El Banco Mundial estima en 216.000 millones de dólares el coste de la reconstrucción, casi diez veces el PIB de 2024.

El levantamiento progresivo de las sanciones occidentales ha supuesto un alivio, pero los avances parecen por ahora insuficientes para revertir el deterioro acumulado en destrucción de infraestructuras y vivienda y remediar la falta de acceso a agua potable, electricidad o alimentos. Todo ello complica el retorno a sus hogares de los más de 3 millones de personas que han regresado en el último año (1,2 millones de refugiados desde el extranjero), y dificulta que los 4,5 millones de desplazados que siguen en la región decidan retornar a su lugar de origen.

Uno de los principales retos del nuevo gobierno es y ha sido, sin embargo, la situación de seguridad. La unificación de las fuerzas armadas está siendo uno de los pilares más delicados de la transición. Miles de combatientes procedentes de facciones opositoras, milicias locales y antiguos cuerpos de seguridad han sido absorbidos por el nuevo Ejército Nacional Sirio (ENS), pero esta integración se ha demostrado a menudo más nominal que efectiva. En el sur y en zonas rurales han seguido operando grupos armados locales,



que actúan de facto sin supervisión central. A los graves episodios de violencia hacia las minorías se suman numerosas denuncias de violencia contra opositores, periodistas y activistas. El ISIS estuvo además detrás de varios ataques mortales a finales de 2025 que tuvieron una respuesta contundente por parte de EEUU.

Pero lo más relevante en los últimos meses, con posterioridad al aniversario de la caída de Damasco, han sido los enfrentamientos entre el ENS y las Fuerzas Democráticas Sirias (SDF), mayoritariamente kurdas, tras fracasar los acuerdos que se habían alcanzado en 2025 entre Damasco y las SDF en relación con el grado de autonomía kurda, la integración de las SDF en el ENS y el control territorial. Los enfrentamientos de enero de 2026 en torno a Alepo, que conllevaron significativos desplazamientos de población, el alto el fuego posterior y las negociaciones auspiciadas por EEUU, han llevado a que las autoridades damascenas hayan logrado recuperar amplias zonas de mayoría árabe, especialmente importantes por sus yacimientos petrolíferos (Raqqqa, Deir ez Zor y parte de Hasakah), arrancando importantes concesiones a los kurdos.

Estos enfrentamientos y reordenación de fuerzas tuvieron también como resultado un caótico proceso de traspaso de control

de las cárceles en las que se agrupaban cientos de presos del ISIS entre las SDF y el ejército nacional sirio, lo que produjo la huida de muchos presos y, posteriormente, el traslado de más de 5.000 a centros penitenciarios en Nasiriyah y Karkh, en Irak, aumentando la preocupación por el resurgimiento del grupo terrorista en la región.

CONTEXTO REGIONAL E INTERNACIONAL

En el nuevo escenario que se abrió con la partida de al-Asad, Turquía ha sido probablemente uno de los actores más beneficiados, consolidando el papel de Ankara como potencia regional. El ascenso político de HTS (que cooperaba desde hace años con Ankara) ha consolidado la presencia turca en el norte y abierto la vía a una relación más estratégica. Las empresas turcas han partido además con ventaja en el negocio de la reconstrucción. El factor kurdo será, no obstante, esencial, tanto en la integración de las SDF en el ENS y en la forma que tome la administración autónoma kurda del norte y el este del país.

Otros actores bien situados en el nuevo contexto son los países del Golfo, que buscan abrir un corredor económico con el Levante y reducir la presencia iraní en Siria. Arabia Saudí y Qatar han optado por financiar salarios públicos y proyectos de reconstrucción social

y energéticos, contribuyendo a mejorar parcialmente el suministro eléctrico en Damasco y Alepo. Paralelamente, Kuwait se ha centrado en proporcionar ayuda humanitaria, y Omán continúa con su papel de mediador en la región.

Rusia e Irán, por su parte, han sido las grandes perdedoras por la caída de un aliado en la región y de un medio para proyectar su fuerza. Aunque Rusia ha intentado mantener su presencia militar en la base aérea de Hmeimim y en el puerto de Tartús, ha buscado alternativas para seguir manteniendo su presencia en el Mediterráneo. Las relaciones entre Moscú y Damasco se han movido así entre el pragmatismo y la tensión (al-Sharaa no visitó el Kremlin hasta el pasado octubre, después de hacerlo a muchas otras capitales), manteniendo Rusia su negativa a extraditar a al-Asad. Las consecuencias para Irán han sido todavía peores, al haber perdido Teherán a la vez un aliado y el corredor logístico que la conectaba con un Hezbolá ya debilitado. Su estrategia a partir de ese momento ha buscado recomponer su influencia por vías indirectas en Iraq, tratando de mantener células de apoyo en el este sirio.

Con todo y con ello, el actor regional más activo en el último año ha sido Israel. Desde la caída de al-Asad, la intensificación de ataques aéreos, de artillería y de drones, marcó un récord histórico, con el fin de impedir que capacidades militares avanzadas cayeran en manos de actores extremistas. Solo varios días después del colapso del régimen de al-Asad, Israel destruyó una gran parte de los sistemas de defensa antiaérea sirios y abrió la puerta a incursiones terrestres, rebasando las posiciones que mantenía en los Altos del Golán, alegando la protección de la población drusa.

Por lo que respecta a los EEUU, el país ha reducido en 2025 significativamente el número de tropas y bases en Siria. La retirada progresiva habría limitado el contingente estadounidense a unos pocos centenares de efectivos, aunque Washington ha seguido conservando su capacidad de lanzar operaciones puntuales contra células del ISIS como las llevadas a cabo el pasado diciembre. La histórica visita de al-Sharaa a Washington el 10 de noviembre abrió por primera vez un canal de cooperación más estrecho, articulado en torno a la lucha contra el ISIS, la posible normalización con Israel y la retirada definitiva de sanciones. Los últimos enfrentamientos entre el ENS y las SDF han colocado, sin embargo, a Washington en una situación delicada al enfrentarse Damasco con los tradicionales aliados kurdos de EEUU en su lucha contra el ISIS. De ahí el interés de EEUU en participar en la mediación para el alto el fuego.

En cuanto a la Unión Europea, los ministros de Asuntos Exteriores de Francia y Alemania realizaron la primera visita occidental a Damasco en enero de 2025 y, apenas un año después, Von der Le-

yen y Antonio Costa visitaron Damasco con el objetivo de reforzar la cooperación económica y política. La UE ha adoptado un acercamiento creciente, levantando sanciones económicas y enviando ayuda financiera constante al país.

CONCLUSIONES

Los acontecimientos en Siria en el último año parecen seguir el signo de los tiempos: tras una situación inesperada (en este caso el colapso del régimen de al-Asad) se produce un recalibrado de alianzas regionales e internacionales, guiado más por el pragmatismo que por el peso de antiguas alianzas, y de incierto recorrido. La trayectoria del hombre fuerte en Damasco, al-Sharaa es, en este sentido, totalmente inédita: ha pasado de ser considerado un terrorista por cuya cabeza se ofrecía en EEUU una recompensa, a ser recibido en el Despacho Oval por un Trump que le considera una buena oportunidad para Siria y le urge a sumarse a los Acuerdos Abraham con Israel.

Los viajes internacionales de al-Sharaa, el levantamiento de sanciones así como los compromisos de financiación conseguidos en la UE y en los países del Golfo, suponen sin duda un éxito para el gobierno damasceno, que sustituye los socios eminentemente militares que tenía al-Asad (Irán y Rusia) por unos socios con mayor capacidad financiera y que pueden granjearle un mayor apoyo de la población, ya que pueden contribuir con mayor eficacia a la reconstrucción del país y el retorno de los refugiados.

No obstante lo anterior, los retos de seguridad y de reconstrucción son enormes y en un vecindario inmediato altamente inestable, con la intervención potencialmente antagónica de Israel y Turquía y, por supuesto, a las imprevisibles consecuencias de la guerra de Irán. En relación con esta última, el presidente sirio declaró al inicio de los bombardeos israeloestadounidenses

que la guerra contra Teherán suponía una «amenaza existencial» para toda la región. Las principales consecuencias para Siria al inicio del conflicto fueron debidas a su vecindad con el Líbano, siendo apuntada por los proyectiles de Hezbolá y recibiendo a miles de ciudadanos sirios que vivían en el Líbano y que tuvieron que desplazarse a causa de los bombardeos israelíes.

En conclusión, el gobierno de Damasco, que hasta hace unos meses sólo controlaba un territorio poco mayor al que dominaba al-Asad, ha logrado incrementar su poder territorial tras los últimos enfrentamientos con las fuerzas kurdas y llevar a cabo una exitosa agenda diplomática que ha reforzado su red de alianzas y garantizado un claro alivio económico. Pero su control se extiende sobre un territorio en buena medida destrozado y desgarrado y donde el factor étnicoreligioso, particularmente el kurdo, seguirá siendo determinante en los próximos meses.

Turquía ha consolidado su papel de potencia regional en detrimento de Rusia e Irán